

BIBLIOTECA DE ZEA

POR LEER AL REVES.

COMEDIA EN UN ACTO, IMITACION DEL FRANCES.

PERSONAJES.

Toribio, peluquero.
 Gregorio, padre adoptivo de Toribio.
 Sebastian, ayudante de Toribio.

Bartolo, ayudante de Toribio.
 Don Policarpo, vecino acaudalado.
 Un oficial.

ACTO UNICO.

El teatro representa el interior de una peluquería. Al foro, puerta principal que da a la calle. Otras id. laterales. A la derecha e izquierda, mesas de arrimo con espejos i demas útiles de peluquero.

ESCENA I.GREGORIO (*Solo.*)

GREG. (*Sentado, con una botella en una mano i un vaso en la otrā.*) Sí, señor, i no es mentira, celestial i divino es el jugo de la vid. (*Bebiendo.*) ¡Oh, qué sabroso i qué rico! . . . ¡qué perfume! (*Paladecando.*) Es purísimo moscatel. (*Bebe.*) No hai duda, por mas que digan i repitan, el vino es el que proporciona al pobre la alegría i el olvido de sus males. . . . Para él, la dicha toda se halla en el fondo de una botella.

ESCENA II.

GREGORIO, TORIBIO (*Por la izquierda.*)

TORIB. Hola, hola, padre Gregorio, desde el amanecer estais como una pascua.

GREG. Qué quieres, niño, esto me disipa las penas. (*Vacia su vaso.*)

TORIB. ¡Cómo! ¿tendreis acaso algun sufrimiento, algun oculto pesar? . . .

GREG. ¡Sufrimiento! ¡pesar! . . . Nada de eso, niño, nada de eso, que mucho mejor sé yo emplear mi tiempo. Las vendimias parece serán maravillosas este año ¿qué mas puedo desear?

TORIB. ¡Qué feliz sois, padre Gregorio, de poseer semejante carácter! ¡cuánto envidia vuestro buen humor!

GREG. ¿Con qué sí, eh? Vaya ¡pobre Toribio! I, sin embargo, la cosa es la mas sencilla del mundo. Si quieres ser feliz como yo ¿por qué no me imitas? Mi secreto se reduce a poca cosa: vivo contento con lo que tengo i no ambicino otra posicion que la que el cielo me ha dado. Es cierto que tendré que trabajar hasta mi hora postrera; i ¡qué importa! si gozo en paz del presente sin temor del porvenir. Haz como yo, pues, chiquillo, haz como yo.

TORIB. Es que vos no sois ambicioso, padre Gregorio; pero yo, esta vida de trabajos i de privaciones ya me tiene hastiado. I, luego, yo no puedo dejar de soñar en esa vida de delicias de los favorecidos del mundo. (*Con amargura.*) A ellos nada les hace falta; todo halaga sus deseos.

GREG. ¡Cómo te engañas, mi pobre Toribio! No es oro todo lo que reluce. Tú te dejas fascinar por las exterioridades. Qué distinto gallo te cantaria si pudieras leer en la frente de cada cual sus tormentos i sus dolores. ¡Cuántas veces te causarían lástima esos mismos a quienes envidias!

TORIB. Quizás teneis razon, padre Gregorio, pero eso no quita que a toda costa yo quiera tentar fortuna i trate de salir de mi oscuridad. Yo no sé, pero un cierto presentimiento me dice que no será en vano mi empeño. Mirad ¿veis este papel?

GREG. (*Tomando el papel.*) ¡Un billete de rifa! (*Riendo.*) Já, já, já. ¿I en esto estriba toda tu esperanza?

TORIB. (*Guardando el billete.*) ¿I por qué nó? Cuando se trata de una hermosa casa-quinta que vale mas de doscientos mil pesos, me parece, padre Gregorio, que la suma no es de despreciarse así a dos tirones.

GREG. Cualquiera diria que ya eres dueño de la casa-quinta. ¡Pobre muchacho! estás edificando sobre arena. ¿Quieres que te diga mi pensamiento?

TORIB. Hablad.

GREG. Una vez que se haya verificado la rifa vendrá el desen-

gaño, i entónces te considerarás mui feliz de poder ganar tu vida en el humilde oficio que tanto desprecias ahora. Las ilusiones no engordan, amiguito; el espíritu se infla, pero el estómago *niquis.*

TORIB. Pero si me quitais mis ilusiones, mis esperanzas ¿qué me quedará entónces?

GREG. Tengo cincuenta años; cree a mi experiencia. Yo bien sé que mis palabras te entran por un oido i te salen por el otro; pero, no importa, me quedará la satisfaccion de haber cumplido con mi deber. Yo prometí a tu difunto padre velar sobre tí como sobre mi propio hijo. Ya te he dado mis consejos, a tí te corresponde aprovecharlos.

TORIB. ¡Vaya que estais serio esta mañana, padre Gregorio!

GREG. Es que te hablo la verdad. El tiempo es un gran maestro, él se encargará de probártelo. Pero, es preciso que te deje; ya se hace tarde i voi a dar una vuelta a mi viña. Vamos, la despedida. (*Brindan chocando los vasos.*) ¡A tu salud! (*Beben.*) ¡Ahora, adios, que lo pases bien. (*Vase por el foro.*)

ESCENA III.

TORIBIO (*Solo.*)

TORIB. ¡Es verdad lo que dice el padre Gregorio. Pero ¡qué diablos! ¿i si la suerte me favorece? Porque, en fin, una rifa es una rifa, i así como así, bien puede suceder que mi número sea el afortunado. (*Sacando el billete.*) Novecientos noventa i nueve. . . . ¡Oh bendito número que ha de labrar mi fortuna i mi dicha! Novecientos noventa i nueve. . . . Dios ha de querer que en la urna se combinen estas tres cifras i que Toribio el peluquero pase a ser dueño i señor de aquella hermosa casa-quinta.

ESCENA IV.

TORIBIO, SEBASTIAN, BARTOLO (*Por el foro.*)

SEBAST., BART. (*Saludando.*) Buenos dias, maestro.

TORIB. ¡Ah! ¿sois vosotros? Está bien. Ahí teneis algunas navajas; preparadlas miéntras llegan los parroquianos.

SEBAST. (*Repasando una navaja.*) Lo que es hoi dia, creo que tendremos buena i abundante cosecha.

BART. (*Calentando una tetera en un brasero.*) Con veinte barbas que rapar i otras tantas cabezas que mondar. . . . (*Soplando el fuego.*) ¡Uf! ¡qué carbon tan pésimo! Si humea como un mame-luco.

SEBAST. Apostaría que hoi tenemos por aquí al vecino don Policarpo. Ese sí que es excelente parroquiano. Aunque es mas pelado que un mate, ni por esas, dia por medio él ha de venir a que le recorten el pelo. (*Asentando una navaja.*) ¡Diablo! por poco no me vuelvo un dedo.

BART. (*Riendo.*) Já, já, já. ¡Don Policarpo! . . . A fé de quién soi, que si el maestro me lo permitiera, yo le habia de recortar las orejas.

TORIB. ¿A tu maestro?

BART. Mil perdones, maestro Toribio, hablaba de don Policarpo.

TORIB. Don Policarpo es un excelente sujeto; un hombre probo, honrado, servicial, circunspecto, jovial, franco

BART. Pero eso no quita que tenga la cabeza raza como un melon i que al mui respetable señor mio se le haya puesto entre ceja i ceja que, a toda costa, le han de recortar los cabellos.

TORIB. Bartolo, la murmuracion es un crimen nefando.

BART. Pues, entónces, punto en boca, maestro.

SEBAST. La-rí la-rá, la-rí la-rá, aunque pase i repase hasta el dia del juicio, creo que esta navaja no sacará nunca filo. Está peor que serrucho.

BART. Pues al primer paciente que llegue ¡zas! se le descuera.

TORIB. Bartolo, ya te he dicho que

BART. Punto en boca, maestro. (*Sopla el fuego.*)

ESCENA V.

DICHOS, DON POLICARPO (*Por el foro.*)

D. POLIC. Eh, buenos dias, señor barbero.

TORIB. Adelante, señor don Policarpo.

BART. (*Aparte a Sebastian.*) ¡Cuándo nó!

SEBAST. (*Aparte a Bartolo.*) Hablando del rei de Roma

BART. (*Riendo.*) Já, já, já. Otra te pego.

TORIB. ¿Vamos a hacerle la barba, señor don Policarpo?

D. POLIC. Sí, la barba; i, luego, recortar un poco el pelo. (*Se quita el sombrero i aparece con una calva descomunal.*)

BART. (*Mordiéndose.*) ¡Puah! (*Principia a toser i reir.*)

TORIB. ¡Eh! ¿qué hai?

BART. Nada, maestro, es un pelo que se me ha atajado en la larinje.

SEBAST. (*Metiéndole en la boca el cabo de una escobilla de dientes.*) Ya lo atrapé.

TORIB. Bartolo, te he dicho i repetido

BART. Punto en boca, maestro.

TORIB. (*A don Policarpo que se ha sentado delante de un espejo.*) ¿Comenzamos por la barba?

D. POLIC. Como gustéis; pero, sobre todo, os recomiendo que me recorteis perfectamente el cabello.

TORIB. Bien, señor. (*Arregla todo para afeitarlo.*)

D. POLIC. A la última moda.

BART. (*Suspirando.*) ¡Aiiii!

D. POLIC. (*Volviéndose.*) ¿Os poneis malo?

BART. Nada, señor; es que soplando el fuego, me ha entrado un poco de ceniza en este ojo.

SEBAST. (*Soplándole el ojo.*) Con este remedio sanan hasta los ciegos.

TORIB. (*Jabonando a don Policarpo.*) ¿I qué se dice de nuevo por el mundo, señor don Policarpo?

D. POLIC. Marabillas, señor barbero, marabillas. Se habla de una gran guerra entre la China i Canton. Parece que los chinos han comenzado a usar los cañones Krupp, que se cargan por la culata.

BART. (*Dando vuelta la tetera en el brasero.*) ¡Jesus!

TORIB. ¡Bartolo!

BART. Si fué la tetera, maestro.

TORIB. Ya te he dicho, Bartolo.....

BART. Punto en boca, maestro.

TORIB. (*Rapando a don Policarpo.*) ¿Deciais que por la culata?...

D. POLIC. Lo que ois. I lo mas estupendo es que el calibre.....

BART. (*Que se ha aproximado.*) ¿De los chinos, señor don Policarpo?

D. POLIC. Nó, hombre, si hablo de ese nuevo cañon. . .

SEBAST. Del Krupp, pues, Bartolo.

BART. ¡Ah! ¡del Krupp!

D. POLIC. Pues, como os iba diciendo, los chinos atacaron a Canton.

BART. ¡Qué chinos tan diablos!

D. POLIC. Pero, si no me equivoco, ahí veo el diario.

TORIB. Es el de hoi.

D. POLIC. Precisamente allí encontrareis los pormenores circunstanciados de aquella espantosa guerra.

TORIB. A la obra entónces, Sebastian; lee en alta voz.

D. POLIC. (*Dando un salto en la silla.*) ¡Ai! por poco no me sacais el cuero, señor barbero.

BART. (*Riendo, aparte.*) Já, já, já. Bien decia Sebastian que al primer paciente.....

TORIB. ¡Bartolo!

BART. (*Tapándose la boca a dos manos.*) Punto en bocce.....

TORIB. Otra navaja.

BART. (*Asentándola; aparte.*) Si aquella era serrucho, ésta va a quedar como machete.

SEBAST. (*Leyendo el diario despues de acomodarse en una sillón.*) Pectoral de Anacahuita, compuesto de Kemp. ¿Padeceis asma? ¿padeceis tos? ¿padeceis bronquitis?.....

TORIB. ¡Al diablo con tu bronquitis!

D. POLIC. (*Riendo.*) Já, já, já. Nó, hombre; buscad las noticias de bulto.

SEBAST. (*Leyendo.*) Zarzaparrilla de Brístol: purifica, vivifica, fortifica.....

TORIB. ¿Pero no te dice el señor, que las noticias de bulto, Sebastian?

D. POLIC. (*Riendo.*) ¡Zarzaparrilla, já, já, já, zarzaparrilla!

TORIB. A ver, Bartolo, toma tú el diario, pues Sebastian está con la mollera.....

BART. (*Acomodándose en el sillón.*) ¡Hem! ¡hem!

D. POLIC. Buscad la guerra de la China.

TORIB. ¿Oyes, Bartolo? de la China.

BART. (*Leyendo muy lijero.*) ¿Se os cae el cabello? ¿Se os marchitan esas frondosas matas que la Providencia os ha puesto en el occiput? pues usad el Tónico Oriental. El Tónico Oriental, es el mas inofensivo de todos los comésticos. No debe faltar en el tocador de ninguna dama, pues hace desaparecer las canas, vigoriza la raiz, aterciopela el cráneo, quita la caspa, i hace brotar frondosas i tupidas matas.....

D. POLIC. ¡Hombre! ¡hombre! ¡bendito sea el Tónico Oriental!

TORIB. ¡Qué! ¿nunca lo habeis usado?

D. POLIC. Nó.

TORIB. Yo os puedo proporcionar algunos frascos.

D. POLIC. Desde mañana, en ayunas, principiaré su uso.

BART. (*Leyendo.*) Asesinato.—En la calle del Canal se ha cometido uno horrible en la persona de un individuo.....

D. POLIC. ¡Uf! me dan escalofrios. No prosigais, amigo. Buscad la guerra.....

TORIB. De la China, Bartolo.

BART. (*Leyendo.*) Rifa.

TORIB. ¡Eh!

D. POLIC. ¡Diablo! Casi me vuela Ud. una oreja, señor barbero.

TORIB. Perdone Ud., señor don Policarpo, perdone Ud.; pero es que Ud. no sabe cuánto me interesan las rifas.

D. POLIC. Cuando ménos habreis tomado algun billete en la de la gran casa-quinta.

TORIB. Cabal, tengo un billete. (*Mostrándolo.*) ¿Lo veis? Constantemente lo llevò conmigo. Es mi tesoro, mi esperanza, mi pesadilla. Desde que lo compré, no sueño sino con la casa-quinta, tanto i de tal manera, que no cederia mi billete sino por los doscientos mil pesos que representa.

D. POLIC. ¡Aprieta! ¿De modo que contais con ella como cosa segura?

TORIB. Pues es claro: segura.

D. POLIC. ¿I qué mas dice el diario?

BART. (*Leyendo.*) Rifa.

TORIB. Adelante, Bartolo.

BART. Voi, maestro. (*Leyendo.*) Rifa de la gran casa-quinta...

TORIB. ¿I despues?

BART. (*Leyendo.*) El sorteo tuvo lugar ayer.

TORIB. (*Dejando caer la navaja al suelo.*) ¡Ah, Dios mio! Siento flaquear mis piernas. Sebastian, pronto, un poco de agua. ¡Ah! yo me siento mal. (*Cae sobre una silla.*)

SEBAST. (*Poniéndole en las narices un frasco.*) Aquí teneis, maestro, aquí teneis.

TORIB. (*Rechazando vigorosamente a Sebastian que voltea cuanto encuentra.*) Pero, imbécil, es aceite el que me traes.

SEBAST. ¡Aceite!

BART. (*Leyendo.*) Al número novecientos noventa i nueve le ha correspondido la casa-quinta.

TORIB. (*Fuera de sí.*) ¡Novecientos noventa i nueve! ¿Has leído bien?

BART. Perfectamente, maestro.

TORIB. ¿Estás seguro de lo que dices? ¿Con que el número novecientos noventa i nueve ha sido el afortunado? (*Le arrebató el diario.*)

BART. Ya lo vereis con vuestros propios ojos.

TORIB. (*Brincando.*) ¡Soi rico! ¡soi rico! La tengo, la tengo. Mia es la casa-quinta.

D. POLIC. (*Queriendo contener a Toribio que baila a su alrededor cantando.*) Es preciso amarrarlo. Este hombre está loco.

SEBAST., BART. ¡Loco!

D. POLIC. Pero, en fin, señor barbero ¿concluireis, sí o nó? La paciencia tiene sus límites.

TORIB. Id al diablo con vuestra barba i vuestra paciencia. Soi rico. Ya no afeito mas. Que cierren la peluquería; que cierren la peluquería.

BART. ¿Lo ois? ¿habeis comprendido? Ya no afeitamos mas; hemos hecho nuestra fortuna.

D. POLIC. (*Que tiene afeitado solo un lado de la cara; furioso.*) ¡Canallas! Yo os enseñaré a burlaros de mí. Voi en busca de la justicia i allá veremos. (*Sale con una servilleta en el cuello.*)

ESCENA VI.

TORIBIO, BARTOLO, SEBASTIAN.

SEBAST. ¡Habrás visto hombre como ese señor don Policarpo! ¡Decir que estábais loco!

TORIB. (*Con importancia.*) ¡Basta! Ya que nos hemos librado de ese importuno, estadme atentos. (*Bartolo i Sebastian lo rodean.*) Antes de daros una prueba de la benevolencia con que me digno honraros en atencion a vuestros antiguos servicios, debo desbautizaros.

SEBAST., BART. ¿Desbautizarnos?

TORIB. ¡Silencio! cuando el maestro habla.

BART. Punto en boca, maestro. (*Sebastian i Bartolo se inclinan.*)

TORIB. Quiero daros nombres en armonía con el empleo que os reservo.

SEBAST., BART. (*Inclinándose.*) Como gustéis, monseñor.

TORIB. (*Aparte.*) ¡Oh, oh, monseñor!... (*A Sebastian i Bartolo.*) Sabed, pues, que desde hoy os tomo a mi servicio.

SEBAST., BART. (*Inclinándose.*) Tanto honor....

TORIB. Por lo tanto, tú, Bartolo, contestarás en adelante al nombre de Champaña, i serás mi primer copero.

BART. Convenido, monseñor, i tendré siempre cuidado de gustar vuestro vino antes de servirlos para estar seguro de su calidad.

TORIB. Tú, Sebastian, contestarás al nombre de Moscatel, i te hago mi primer oficial....

SEBAST. (*Interrumpiéndole.*) ¿Oficial? ¿i de qué rejimiento, mi jeneral? (*Cuadrándose.*)

BART. En el de la cocina, grandísimo alcornoque.

TORIB. Fuera las chanzas, señor copero. Escuchad. Desde este instante soi para vosotros i para todo el mundo, el señor don Toribio Rafael de Sepúlveda. ¿Lo habéis oído?

BART., SEBAST. (*Saludando.*) Sí, monseñor.

TORIB. I ahora, entrad en la trastienda; ahí encontrareis libreas en consonancia con vuestra nueva categoría.

BART. ¡Cómo! ¿esos trajes de carnaval que teneis ahí guardados?

TORIB. ¡Silencio, Champaña! no quiero observaciones.

BART. Punto en boca, monseñor. (*Saludan i vánse por la derecha.*)

ESCENA VII.

TORIBIO, GREGORIO (*Por el foro.*)

GREG. ¿Qué ha sucedido aquí? He encontrado a don Policarpo que, hecho una furia, corria por esas calles como alma que llevaban los demonios.

TORIB. Padre Gregorio, dadme los parabienes, acabo de ganar una fortuna, doscientos mil pesos, nada ménos ¿qué os parece?

GREG. ¿Es esto verdad? ¿Doscientos mil pesos, dices?

TORIB. Doscientos mil pesos sin quitarle ni ponerle. No estaba, pues, tan loco cuando os decia que un dia poseeria riquezas i que llegaria a ser un gran señor. Apostaria que ahora no os reis de la rifa. Eh ¿qué decis, padre Gregorio?

GREG. A quien Dios se la dé, que San Pedro se la bendiga. Lo celebro infinito por tí, mi querido Toribio.

TORIB. (*Con aire desdeñoso.*) ¡Oh! por favor, no me llameis así, Toribio a secas. Ese nombre solo, suena mal al oído i luego es indigno de mi nueva posición. Llamadme, como me llamaré en adelante en el gran mundo, Toribio Rafael de Sepúlveda.

GREG. ¡Toribio Rafael de Sepúlveda!... Pero, en fin, este pobre niño ha perdido la cabeza. Vamos, amigo mío, soy yo, soy Gregorio quien te habla. ¿Acaso no me conoces?

TORIB. Os reconozco perfectamente i yo me siento a las mil maravillas. ¿Tan fuera de razón os parece lo que os digo? Mirad, padre Gregorio, dadme vuestro parecer. (*Llamando.*) ¡Hola, Champaña, Moscatel! ¡Hola, mis dos lacayos!

GREG. (*Aparte.*) No hai duda, está loco.

ESCENA VIII.

DICHOS, SEBASTIAN, BARTOLO (*Que entran por la derecha con trajes todos galoneados.*)

SEBAST., BART. Presente, monseñor.

GREG. ¡Monseñor!... Pero, si no me equivoco, yo conozco esas figuras. Son tus dos ayudantes.

TORIB. No hablemos mas de eso, Gregorio. (*A Sebastian i Bartolo.*) Aproximaos; dad algunos pasos.... ¡Alto!.... volveos.... Bien. A la derecha ahora.... no está mal... A la izquierda.... eso es.... Saludad.... La mano izquierda en la cadera i la otra a plomo sobre la pierna derecha.... Mui bien.... La cabeza mas erguida.... La mirada altanera.... Eso es.... Paso adelante, paso atrás.... ¡Soberbio! (*A Gregorio*) ¿Qué os parece mi idea? Por lo demás esto es solo provisorio; con el tiempo organizaremos mejor nuestra servidumbre, con mas lujo, mas brillo....

GREG. Por lo visto eres ya todo un señor.

TORIB. Vos lo habeis dicho.

BART. I yo soy el copero mayor, señor Gregorio.

SEBAST. I yo oficial.

GREG. ¿Oficial de qué?

SEBAST. Oficial de boca.

TORIB. ¡Silencio, Moscatel!

BART. (*Apretándose la boca.*) Punto en bocca....

TORIB. (*A Gregorio.*) Os debo decir que desde hoy abandono este pueblo. No puedo resolverme a quedar aquí oculto i desconocido. Yo quiero brillar en el gran mundo.... ¡Hola, Champaña, Moscatel!

SEBAST., BART. (*Cuadrándose.*) Presente, monseñor.

TORIB. Preparad todo para la partida. Antes de una hora estaremos en camino.

ESCENA IX.

DICHOS, DON POLICARPO, UN OFICIAL (*Por el foro.*)

D. POLIC. (*Con solo la mitad de la cara afeitada i con la servilleta en la mano.*) Ahí teneis al culpable, señor oficial.

TORIB. ¿Qué es esto? ¡Violar así mi domicilio! ¿De cuando acá semejante tropelía?

D. POLIC. Aquí está el dinero, valor de la barba i del pelo que me tiene que recortar.

BART. Ya apareció aquello.

TORIB. ¡Silencio, Champaña!

BART. Punto en boca, monseñor.

D. POLIC. Pues bien, yo exijo que el señor barbero concluya su trabajo, de lo contrario, señor oficial, cumpla Ud. con su deber.

TORIB. Aguardad, señor oficial, yo os explicaré. Era yo peluquero, pero la suerte me brindó una fortuna en el momento en que don Policarpo

D. POLIC. Sí, sí, es verdad, él es el dueño del número premiado en la rifa de la casa-quinta.

OFIC. ¡Cómo! ¿Ud. ha sido el afortunado? ¿Ud. es el dueño del billete número 999?

TORIB. Yo mismo en persona. I en prueba, aquí teneis el billete.

OFIC. (*Leyendo el billete.*) Número 666.

TORIB. (*Fuera de sí.*) ¿Qué decis? ¡Seiscientos sesenta i seis! . . . Pero esa es una mentira, una impostura.

OFIC. Nó, señor; la cifra es clara: seiscientos sesenta i seis, i esta señal que no habeis percibido, os denotará que estábais leyendo al revés.

TODOS. ¿Será verdad?

TORIB. (*Lleno de desesperacion.*) ¡Oh fatal error! mi fortuna se ha desvanecido como el humo. (*Mirando su billete.*) Dios es quien me castiga. Sí, es cierto, yo estaba leyendo al revés. (*Cae en un sillón i oculta su rostro entre sus manos.*)

GREG. Valor, hijo mio, valor i que esta leccion te aproveche. No hai tesoro mas grande que el trabajo. Animo pues, i aprende a buscar en él esa dicha que te se escapa ahora que ya creias alcanzarla.

TORIB. ¡Oh, mi segundo padre, perdon! (*Sollozando.*)

D. POLIC. (*Sentado delante de un espejo.*) I bien, señor barbero ¿acabaremos hoi de cortar el pelo?

BART. A vuestras órdenes, señor don Policarpo; en un santiamen os dejaré lustroso como un calabazo. (*Se prepara a afeitarlo.*)

TORIB. ¡Bartolo!

BART. Punto en boca, maestro.

OFIC. (*Queriendo retirarse.*) Señor don Policarpo, con vuestro permiso

D. POLIC. Podeis retiraros, señor oficial; aceptad mis agradecimientos. (*Váse el oficial por el foro.*)

SEBAST. La-rí la-rá, el copero mayor i el oficial de boca

D. POLIC. (*Brincando en la silla donde Bartolo lo asegura a mas i mejor.*) ¡Jesus, hombre, Jesus, Ud. me descuera!

BART. (*Sujetándolo de las narices.*) Nada, nada, es menester arrancar el pellejo; ya saldrá otro nuevo, señor.

TORIB. ¡Bartolo!

BART. Punto en boca, maestro. (*Continúa, impertérrito, afeitando a don Policarpo.*)

CAE EL TELON.

RUPERTO MARCHANT PEREIRA.

PAJINAS DE LA ERA COLONIAL.

LOS CORREJIDORES.

Alejados por el tiempo i la civilizacion de la época en que los paises americanos de raza española eran el señorío de la metrópoli, apénas sí tenemos una idea imperfecta de lo que fué en su desnuda deformidad el imperio ominoso de los conquistadores.

La insolente codicia de los aventureros, siempre hartos de perfidia, siempre crueles i nunca austeros en su conducta, llena de vergonzoso baldon gran número de pájinas en la historia americana. Las proezas del héroe véense eclipsadas por la ruindad del tirano, i la grandiosa epopeya de la conquista escrita está en la portada de la historia colonial como un irónico reto a la civilizacion española.

La América toda no fué mas que una inmensa i riquísima mina, despues de haber sido un dilatado i sangriento campo de batalla. Ahí están, para demostrarlo, la demasiada ambicion de los gobernantes, las crueldades cometidas contra los indíjenas

por los feroces encomenderos, la abyección de aquéllos, la codicia de éstos; i mas que todo, las mismas leyes de Indias, que, si bien favorables a los conquistados, dan el mas elocuente testimonio de los abusos que trataban ellas de extirpar, de los crímenes que se empeñaban en prevenir, de las extorsiones que tenían cuidado de refrenar.

¡Cosa rara! Ni la autoridad omnímoda de los monarcas, desplegada con sin par solicitud en pró de los aborígenes americanos, ni el acatamiento rendido hasta la idolatría por los súbditos españoles a su rei, fueron parte a que se obedecieran en América los mandatos de la justicia i se diera oído a los consejos de la benignidad.

Las leyes de Indias, verdadero monumento del sistema preventivo de administración, en que hacinadas se encuentran gran número de reales cédulas i supremas disposiciones, fueron letra muerta en los países para que fueron dictadas. La sed de riquezas encontró siempre un medio de burlarlas. Pero la historia tiene, al ménos, que agradecer el que se le haya provisto de una fuente inagotable de investigación; porque la obra de los monarcas, fuera de ilustrar sobre la prolija i singular organización de la colonia, es el reflejo de las ideas que dominaban entónces en el campo del derecho público español.

Concretando ahora nuestras observaciones a un determinado linaje de abusos, vamos a indicar someramente cómo cumplían las autoridades españolas las órdenes expresas i repetidas de la metrópoli.

Sabido es que el soberano, por via de mandato i de consejo, encargaba a sus subalternos una i mil veces el benigno tratamiento de los naturales. Sabido es igualmente que leyes explícitas prohibían el comercio a los mandatarios de la colonia.

Pues bien, lo que sucedía era cabalmente lo contrario.

Los correjidores tenían en su distrito el monopolio del comercio con los naturales, obligando a éstos a que compraran las especies por un precio fabuloso.

Era frecuente que el correjidor vendiera un cargamento por el cinco o seis veces tanto de su importe; i eso que el precio de compra era a las veces mui subido, por la circunstancia de no ignorarse por el vendedor cuánto ganaban los tales correjidores en el expendio que de su cuenta hacían a los repartimientos de indios.

Como comprobante citaremos un caso ocurrido a mediados del siglo anterior en un correjimiento vecino a la ciudad de los Reyes.

El correjidor compró un cargamento de paños de Quito en sesenta mil pesos i lo vendió en su correjimiento por trescientos mil. Como los indios se quejaron de tal extorsión ante el virei, éste remitió el negocio a la audiencia de Lima para que hiciera justicia; i el tribunal falló que se prendiera i castigara a los in-

dios como a rebeldes. La explicacion de tan curioso fallo es mas fácil de lo que a primera vista parece. El correjidor, para eludir la responsabilidad que sobre él pesaria, encausó a los querellantes como a sediciosos e informó a la audiencia de que por temor al castigo de la sedicion los indios habian desamparado el correjimiento. I lo que es mas, puso en juego todos los conocidos resortes que la indigna venalidad de la justicia ponía en manos del litigante.

El escandaloso tráfico de los correjidores no se limitaba a la exorbitancia de los precios de venta, sino que rezaca aun con el impropio jénero de especies que de grado o por fuerza hacian comprar a los naturales.

Citaremos algunos ejemplos.

A los indios obligaban los correjidores a comprar terciopelo, a razon de cuarenta o cincuenta pesos vara; raso i tafetan, medias de seda, espejos, candados, navajas de barba (aunque, como sucedia en el Perú, los naturales no tuvieran barba), plumas i papel, barajas, cajas de tabaco, libros i comedias.

Refiérese a este propósito que un correjidor del vireinato de Buenos Aires obligó a los indios a que compraran una buena provision de anteojos, alegando en su abono quién sabe qué razones de conveniencia o de ornato.

El repartimiento de mercaderías a los indíjenas no estaba absolutamente prohibido a los correjidores; pues con la mira de favorecer el trabajo i proveer a las mas premiosas necesidades de la existencia, se habia permitido la introduccion de un limitado comercio, autorizando al correjidor de una provincia para vender artículos de primera necesidad, con tal que fuera a precios módicos.

De tan leve concesion provino el abuso mas descarado. Difícil era que merced a solo sus rentas un correjidor, en los cinco años que duraba su empleo, atesorara un mediano caudal.

Los mas correjidores tenian una entrada anual de dos o tres mil pesos por las rentas lícitas de su correjimiento; i sin embargo, los mas, que pobrísimos eran al comenzar el desempeño de sus cargos, salian de éstos con una ganancia líquida de cien o doscientos mil pesos.

Pero donde mas desapiadada se mostraba la opresion de los correjidores era en la cobranza de tributos.

Los oficiales reales, encargados de la percepcion de contribuciones, podian cometerla, mediando fianza, a quien les agradara. Por regla jeneral esta comision recaia en el respectivo correjidor.

Durante largo tiempo la percepcion de tributos se hizo por cuenta de la caja real, siendo el correjidor un simple comisionado para la cobranza, que rendia cuentas con la exhibicion de una lista de los indios del correjimiento formada segun los libros de bautismos i entierro de cada curato.

El marques de Villa García, virei del Perú en el siglo pasado,

ordenó que se remataran los tributos por una cantidad alzada a fin de poner término a los fraudes que se cometían ocultando los comisionados el verdadero número de contribuyentes.

Con semejante medida se disminuyeron los fraudes contra el erario real, mas no contra los infelices indios. El correjidor fué siempre el rematante de impuestos; i para sacar una crecida ganancia ningun arbitrio dejó de tentarse.

Por disposicion del rei solo estaban sujetos a pension los indios desde 18 hasta 55 años.

Estaban exentos los caciques, los ciegos, dementes e inválidos, los hijos primojénitos de los caciques i los que servian en los templos de sacristanes i cantores.

Ni los exentos por razon de edad, ni los que lo eran por dignidad, empleo o defecto físico, dejaban de pagar tributo. El correjidor formaba dos estados diversos: uno segun el cual efectuaba sus cobranzas i en que se comprendia a todos los indios, i otro que era destinado a comprobar la legalidad en el desempeño de su comision.

La extorsion de los correjidores no se detenía ahí.

Los indios que llamaban *suelos*, o sea aquellos no sometidos a mita i que no vivian en pueblos donde hubiera cacique, pagaban casi siempre un doble tributo.

Hé aquí cómo se injeniaban para ello los correjidores.

Del impuesto que satisfacian los indios les daba recibo el recaudador. Mas, como éstos eran jente ignorante i que no sabia leer, de continuo se perdian o estraviaban los comprobantes del pago; de que resultaba o un nuevo pago, o el maltratamiento del indio i el embargo i venta de sus escasos haberes, o todavía el *obraje*, que era el trabajo forzado como pago de una deuda.

Estaba dispuesto que los indios ausentes de un correjimientto no pagaran en él las pensiones que correspondieran al tiempo de la ausencia. La razon era la presuncion justificada de que hubiera pagado el tributo en otra jurisdiccion.

Los correjidores tampoco respetaban semejante disposicion. El recibo era lo único que podia eximir del pago.

Por no extendernos demasiado omitimos referir las injusticias de los correjidores en el tráfico de mulas, que en gran número de correjimientos constituía el mas pingüe lucro de tales negociantes.

Tales son brevemente enumeradas algunas de las arbitrariedades de los subalternos del gobierno español en América. Ellas no eran justificadas ni amparadas directamente por el monarca; pero dan márgen a inculpar a la metrópoli la responsabilidad de los abusos que fluían de un defectuosísimo sistema de administracion.

O las crueldades de los mandatarios españoles eran disimuladas por la autoridad suprema, o bien, a pesar de su omnipotencia, el monarca de dos mundos era mas débil que sus mismos gobernados.

Este es el dilema que algunos historiadores formulan al encontrar de un lado la lei inflexible i protectora, i de otro el quebrantamiento audaz de esa misma lei.

Por lo que a nosotros toca, prescindiendo de cuantas reflexiones pudiera sujerir la falta de cumplimiento a las órdenes de la metrópoli española, nos contentamos con haber expuesto un jénero de abusos entre los innumerables que es dado referir.

CÁRLOS AGUIRRE VÁRGAS.

A PROPOSITO

DEL FOLLETO SOBRE LA FRANCMASONERIA

POR EL ILTMO. SEÑOR DUPANLOUP.

Cuando con mas furor que nunca azotada se ve la humanidad por toda clase de males, cuando en su intelijencia tiene su asiento todo error, los valientes hijos del catolicismo no se duermen. En medio de la tremenda tempestad que amenaza hacer zozobrar a la barquilla en que navega la humanidad se distingue la voz de aquellos que señalan los peligros i al mismo tiempo los medios para evitarlos. Esa voz, siempre digna i siempre enérgica, borra la debilidad en los espíritus, alienta en ellos la esperanza i enciende el entusiasmo. Esto lo ha demostrado últimamente una reciente publicacion del ilustre obispo de Orleans.

Existe desde hace mucho tiempo una asociacion mónstruo de *cien cabezas i de cien mil brazos*, que proclamándose a la faz de las naciones como la rejeneradora del mundo, se ha puesto en la tarea de alumbrarlo con la luz que escapa de sus moradas oscuras i tenebrosas. Esta asociacion, casi no tengo necesidad de nombrarla; ¿quién no conoce a la francmasonería? Sus verdaderos principios, que hasta hace poco, solo eran proclamados allá en el fondo de las lojias i merced a las tinieblas, forman hoi dia el credo profesado públicamente por todos sus asociados; i el mismo empeño que hubo ántes para ocultarlos, lo hai en el dia para publicarlos a la faz de las naciones. Pero la masonería no ha venido a parar a este punto de buen grado.—Nó, a ello ha sido forzada.—Si al principio, respecto a sus intentos, pudo exis-

tir el engaño en algunos espíritus, no existió nunca en la Iglesia católica, la que tras de una mentida filantropía, tras de inocentes reuniones, descorrió el velo del misterio, i mostró al mundo la guerra implacable, sorda e hipócrita que se hacía al altar i al trono. Desde entónces a acá se ha dejado oír constantemente la voz majestuosa de los Pontífices que en el nombre de Dios han excecrado esas sectas en que se fragua la destruccion de la sociedad.—El mundo católico se ha conmovido a la voz de sus jefes, ha inquirido por sí mismo lo que hai de verdad en el fondo de esas sectas i, no tengo necesidad de decirlo, esa inquisicion ha sido fatal a la masonería. Esta, por su parte, al ver franqueadas las puertas de su secreto hogar, ha creído que sería mostrar debilidad el volverlas a cerrar, i así, ha manifestado audacia; pero la audacia del ladron, que al verse descubierto prefiere hacer frente al propietario ántes que esconderse o huir. La masonería ha publicado libros, ha fundado diarios, ha, en fin, adoptado todas aquellas medidas conducentes, segun su modo de ver, a la exaltacion de sus principios i al logro de sus planes.—Se ha trabado la lucha.—A muchas i mui distinguidas plumas del catolicismo les ha tocado la noble tarea de refutar esos principios i de desbaratar esos planes. —La victoria no es nunca dudosa en las batallas de la intelijencia. —Pertenece siempre a la verdad.—El catolicismo ha combatido i ha triunfado en el campo de la polémica. Pero en aquello que depende directamente de la accion de los hombres, triste es decirlo, la humanidad ha sido víctima, a veces, de planes tendentes a la estirpacion de toda idea de órden, de toda idea de moralidad, i para colmo de vergüenza del presente siglo, se ha visto en mas de una ocasion a gobernantes de las naciones mas cultas de la culta Europa, tomar secreta parte en las maquinaciones de los enemigos de todo gobierno i de toda autoridad.

Entre aquellos valientes adalides del catolicismo que con su apostolado hacen frente a la francmasonería, se ha distinguido el ilustre obispo de Orleans, que ha escrito últimamente un corto pero interesante libro, en que, a la par que combate los principios de las lojias, acaba de desenmascararlas, descubriendo aquellos de sus principios que pudieran ser todavía un misterio para no pocos de los católicos.

Despues de la publicacion de este pequeño libro, la francmasonería debe estar de *pésame*. Con la elocuencia i enerjía que le son características, muestra el valiente obispo, en toda su deforme desnudez, las ideas i los propósitos que predominan en aquella. No hai ni puede haber parcialidad en sus juicios, pues todos ellos son deducidos de documentos auténticos de las lojias. Las mas veces no hace sino copiar lo que en ellas se dice i repite todos los dias por sus miembros mas importantes. El ilustre obispo no ha hecho así otra cosa que beber en las fuentes *mas puras* de la masonería. No podria, en verdad, haberse adoptado

táctica mas hábil; pues basta solo exponer los principios de las lojias para ver cuán tristes son i subversivos. No se busque en ellos un plan, un órden cualquiera de ideas fundado en tales o cuales verdades probadas por la razon i la ciencia. Nó. Solo se escucha en su seno la voz de la pasion que fanatiza i que argumenta negando o destruyendo lo que tiene o voluntad o necesidad de negar o de destruir. La negacion como principio único, la destruccion como la mejor muestra de su actividad, eso es la francmasonería. Su mejor signo seria un estandarte rojo con una enlutada segur, de cortante filo, en el medio. Objétese lo que se quiera, sería en todo caso mas exacto que el compas, la escuadra, el martillo, instrumentos que sirven para formar lo que no existe i no para destruir.

Para no salirnos de nuestro asunto i para comprender siquiera algo lo que es la masonería, digamos unas cuantas palabras sobre el modo cómo la ha considerado el ilustre obispo de Orleans. “¿Se puede a la vez ser francmason i cristiano? ¿Puede ser francmason un hombre serio i de buen sentido? ¿Qué es la masonería bajo el punto de vista político i social?” Hé aquí las tres preguntas que se hace el autor en las primeras páginas de su interesante folleto, i que resuelve en otras tantas partes en que éste está dividido.

En verdad no es mui difícil probar que la masonería es enemiga del cristianismo. Basta para ello exponer lo que a pesar de sus mentirosas reglas se dice en los diarios, en los libros i en los discursos de las lojias. Eso es lo que ha hecho el autor de la obra en que me ocupo, con un tacto i claridad que le honran altamente.

No tengo para qué trascribir aquí las palabras i frases que se repiten sin cesar en el seno de la masonería i que han sido expresadas con tanto discernimiento por su autor. Baste decir que todas ellas son la expresion del odio mas encarnizado a la religion del Cristo i que podria compendiarse en el *destruyamos al infame* de Voltaire.

I mas que lo que se dice, lo que se hace en la francmasonería, está demostrando que hai un abismo insondable entre ésta i el cristianismo.

Podria creerse que la francmasonería rechazando la religion del Cristo, tiene por credo algun otro culto revelado o simplemente aquellas verdades primarias que basta la sola razon para demostrar. Pero mui engañado se encuentra el que tal cosa crea. Las religiones, cualesquiera que sean, no son para las lojias mas que *hipótesis de los místicos*, i la ciencia en un Dios, en la libertad e inmortalidad del alma no son sino los dogmas del oscurantismo i de la intolerancia. Ella lo niega todo porque ella sola es la luz que está llamada a reemplazar a todos los principios i a todas las creencias. No importa que sobre los restos de lo existente ella no eleve ninguna verdad; no importa que despojando a la hu-

manidad de todos aquellos principios que son su esperanza i su consuelo en la triste peregrinacion de esta vida produzca la desesperacion i la nada en las inteligencias; ella que dice que lo encierra todo, todo lo niega, todo lo destruye i en su lugar nada, nada establece.

Tamañas pretensiones asustan cuando se echa siquiera una lijera ojeada sobre las mas que ridículas, grotescas i absurdas prácticas o ritos de la francmasonería. Cedamos por un momento la palabra al ilustre obispo de Orleans:

“Cuando a favor, dice, de las relaciones que nos ha hecho de sí misma entro a sus talleres i a sus lojias i contemplo a los hermanos en su labor; cuando me coloco entre estos hombres que no quieren ni culto ni religion, o como ellos dicen, *supersticiones*; cuando oigo este lenguaje desconocido a los *profanos*; cuando asisto a sus iniciaciones i misterios, a esos *trabajos de mesa*, como llaman sus banquetes, etc., etc., la divina masonería se me presenta bajo un aspecto que me asombra. . . . es lo ménos que puedo decir; i a pesar de mi propósito de no ofender a nadie, no puedo dejar de creer que todo esto si no es el velo añejo de un propósito que por mucho tiempo ha habido interes en ocultar, es indigno al ménos de hombres serios. El H.: Félix Pyat, revolucionario en masonería como en política, me parece tuvo sobrada razon para encontrar ridículas estas prácticas i para llamarlas *seniles o pueriles*.” En seguida el autor de la obrita sobre la masonería nos da una prolija exposicion de esas misteriosas prácticas. No quiero fatigar a los que me escuchan, narrando lo que todos se tienen mui bien sabido. Baste decir que todas ellas no hacen sino provocar la risa i que al contemplarlas, debe en todo espíritu serio, nacer instintivamente el desprecio hácia una institucion que con tan ridículos medios pretende echar por tierra lo que hai de mas venerable i santo en la humanidad.

Por eso al preguntarse el obispo de Orleans: ¿puede ser cristiano, siquiera religioso u hombre serio i de buen sentido un francmason? una redonda negativa es la única respuesta posible.

La última i tercera parte de la publicacion del ilustre obispo se refiere a la accion política i social de la francmasonería. Sobre este punto motivos sobrados hai para que un hombre imparcial, cualesquiera que sean sus opiniones, condene explícitamente a la masonería.

Aun destilan sangre, i el mundo entero contempla todavía horrorizado los sucesos, acaecidos no hace aun cinco años, en el corazon de la nacion mas culta de Europa. Fué aquello un crimen o mas bien una série continua de crímenes, una sublevacion inaudita de la barbárie contra la civilizacion. Los factores de esas escenas se olvidaron de que eran hombres i el mundo por su parte no los reconoció como a tales. ¿Quién no recuerda el nombre de comunista como sinónimo de sacrílego, incendiario, alevoso i cruel asesino, de mónstruo, en una palabra? Pues bien

la francmasonería aplaudió, i lo que es mas que aplaudir, fomentó la comuna. No eran sus adeptos los actores visibles en esa espantosa conspiracion del mal, no eran ellos por cierto los que manejaban la tea, los que descargaban el arma en el pecho de las víctimas; los que tal hacian eran los hombres *máquinas* i ellos eran por cierto mas que *máquinas*.

Los jefes, los que aguzaban su entendimiento en la concepcion de siniestros planes, éstos eran ellos. Los bastidores no sirvieron para ocultarlos a la vista del mundo i ellos, por su parte, no guardaron por mucho tiempo el incógnito.

Esa mancomunidad de intereses entre la comuna i la francmasonería, se comprende desde luego. La primera surjia, alimentada por las ideas socialistas i la francmasonería contaba entre sus mas importantes afiliados a ardorosos apóstoles del socialismo; la primera se levantaba en nombre de la revolucion, i la francmasonería, como lo hace constar en su obra el ilustre obispo es, segun la expresion de M. Enrique Martin, el *Laboratorio de la revolucion*, i segun el H.: Félix Pyat, *La iglesia de la revolucion*.

Así, pues, en el mayor de los crímenes sociales que registran los anales de la historia contemporánea, la francmasonería ha tomado una parte activísima. I advirtamos aquí que es regla de las lojias “el que no puedan ellas mezclarse en asuntos de política;” pero, como dice el ilustre obispo de Orleans: “¿qué son al presente estas fórmulas añejas? contradicciones o mentiras.” La francmasonería, en una multitud de casos que cita la obra a que me he referido en estas líneas, se ha mezclado en política i hecho servir siempre en ella su sistema de destruccion. Ella es la que prepara en el dia las grandes revoluciones; ella la que, apesar de la fraternidad que predica, pone un abismo de desunion entre los hombres i ella la que, si éstos no abren los ojos i ponen atajo al peligro, pondrá, en un tiempo no remoto, en conflagracion al universo.

I no se tache de exajerado nuestro juicio e hijo de mujeriles temores o de añejas i torpes preocupaciones.—Al árbol se le conoce por sus frutos i la lójica tiene a las veces terribles exigencias. Cuando, por una parte, vemos sucederse hechos que asombran por su malicia cuanto espantan por sus terribles consecuencias, i por otra que se predica a los pueblos doctrinas, que, conculcadoras de toda relijion i de toda moral preparan directamente el desquiciamiento social, i a primera vista descubrimos que los primeros son los hijos mas queridos, los frutos mas lejitimos de la masonería, i que las segundas son el objeto de su mas constante apostolado, tenemos derecho para ver en ésta una fuente inagotable de crímenes i de errores i para divisar en el triunfo de sus principios porvenir luctuoso para la humanidad.

Por esto, cuando contra esa sociedad ha lanzado la Iglesia Católica sus mas tremendos anatemas no ha hecho sino añadir

un florón mas a su inmortal corona i por esto tambien cuando el ilustrísimo obispo de Orleans, ha escrito su valiente folleto para combatirla i apartar de ella a los hombres, ha prestado un gran servicio a la relijion, a la sociedad toda i en especial a su bella patria, esa gran nacion que se llama la Francia.

RAFAEL GARMENDIA REYES.

CELOS DE ULTRA-TUMBA.

I.

“Niña de los ojos negros,
Mas negros que mi pasión,
Mal cumplísteis con desdenes
Promesas de eterno amor.
Con desdenes me robásteis
La dicha que amor me dió;
De ese agravio que me hicísteis
Pediré justicia a Dios.
¡Ai! de la ingrata que olvida
Un amor por otro amor!”

II.

Murió el amante, i la niña,
Buscándose otro amador,
Dormida en su blanco lecho
Soñaba en feliz union,
Cuando una mano invisible
Las cortinas descorrió,
I una voz dijo a su oído
Con triste, lúgubre son:
“¡Ai! de la ingrata que olvida
Un amor por otro amor!”

III.

¡Infeliz quien vió la dicha
I alcanzarla no logró,
Porque importunos recuerdos
Llagaron su corazon!
Así ella en vano en sus sueños
Busca dichas que perdió,
Porque la voz del recuerdo
Le dice con triste son,
“¡Ai! de la ingrata que olvida
Un amor por otro amor!”

IV.

Cuando en el fúnebre lecho,
Viendo cual huye veloz
La dicha que nos finjimos
I cuán largo es el dolor,
Presa de inquieto delirio
Clamaba con sorda voz:
“¡Ai! de la ingrata que olvida
Un amor por otro amor!”

V.

Murió: al campo de los muertos,
Envuelta en negro crespon,
La llevaron; tristes flores
Sobre su tumba dejó
La amistad, póstuma ofrenda
De un sensible corazon.
Diz que una mano invisible
Sobre su losa grabó:
“¡Ai! de la ingrata que olvida
Un amor por otro amor!”

JAVIER VIAL SOLAR.



LA PAJARERA.

Una esbelta i pintada pajarera
Fué mi grande ambicion cuando mui niño:
Era su reja de plateado alambre
I la cubierta de color pajizo.

Tenia la figura de una torre,
Construccion ojival i porte digno;
I como era la usanza, en la techumbre
Un gallo de madera casi vivo.

Ya todos lo sabrán o lo sospechan
Que el dueño de esta jaula era mi tio,
I bajo su dominio, por lo tanto,
Habitaba el rincon mas escondido.

Murió de viejo el malogrado tio
I al fin la jaula le tocó al sobrino.

La jaula en mi poder, renuevo todo,
Los alambres, la puerta i los postigos;
I en los jardines le conservo ahora
El mas risueño i pintoresco sitio.

Los primeros cuidados que yo tuve
Fueron capaces i abrigados nidos:
Esperaba que al ver esta reforma
Los polluelos cantaran regocijos,
Mas los pájaros rústicos i necios
Despreciaron sus cómodos abrigos
I durmieron tendidos en el suelo,
Como pobres i zonzos campesinos.

Pero luego ellos mismos conocieron
Las ventajas de un lecho bien mullido,
I algun tiempo despues se sonreian
De la torpe ignorancia del principio.

I llegaron las cosas al extremo
Que once dias despues de su llegada,
Esos pájaros rústicos i humildes
Se quisieron burlar de su padrino:

Entre un nido i el otro, me pidieron
De madera pequeños puentecitos
Para, en caso probable de un incendio
Auxiliar a los viejos i a los niños.

¡Ah bribones! sabed que mucho tiempo,
Ha mucho tiempo que murió mi tio!

¡Qué turba tan inquieta
De alegres pajarillos!
¡Qué múltiples colores!
¡Qué juegos, qué ruidos!
¡I que pintadas aves
De climas tan distintos!
Aquí i allá volando
El picaflor esquivo,
Metiendo por do quiera
El incansable pico;
Abajo el ronco tordo,
Allá el zorzal amigo,
Las diucas, los chincoles,
¡Qué raza de chiquillos!
Arriba los canarios
Graciosos i lucidos;
I un verde papagayo
Que mete gran ruido,
Mirándose la cola,
Se cree el mas bonito;
I el indiscreto loro,
Pariente del vecino,
Bufon de la comparsa
Tan sabio i erudito!

Apénas alborea la mañana
Se llena el aire de gorjeados trinos;
Canta la brisa en el ramaje oculta
I el agua canta en el estanque vivo.
Entóces todo alrededor se alegra,
Todo es luz i fragancia i regocijo.
Pero llega la tarde i todo acaba
I así acaban los pájaros i niños.

La jaula duerme i se percibe apénas
Uno que otro romántico suspiro
I atraviesan algunos en los puentes
I se dicen palabras al oido;
I allá en el fondo de un nidal secreto
Mui por lo bajo se murmuran: ¡chito!

Así pasan los dias dulcemente
I feliz siempre con mi jaula vivo.
De tantas aves i familia tanta
Yo sé el dia i el mes en que han nacido;
A todos los conozco por su nombre
I por órden a todos clasifico.

En cambio de mi amor i mis cuidados
A mis pájaros nada les exijo:
Tan solo quiero despertar al alba
Con su cantar sabroso, no aprendido.

Octubre 15 de 1875.

JUAN AGUSTIN BARRIGA.

OBSERVACIONES SUELTAS

SOBRE ALGUNOS PUNTOS DE LENGUAJÉ CASTELLANO.

EXCUSA.

Comprometido a dar un artículo para esta entrega de LA ESTRELLA DE CHILE i no teniendo el tiempo ni la disposicion de ánimo suficientes para hacer algo digno de aquélla i de sus lectores, cumplo la palabra empeñada arrancando i dando a la estampa una hoja de mis *Apuntaciones*, es decir, entresacando algunas observaciones sobre el lenguaje castellano de entre las muchas que me han sugerido hasta ahora mis lecturas i cortos estudios.

He creido necesario poner esta advertencia a la cabeza de las observaciones que vienen mas abajo, para disculpar así la incoherencia i falta de orijinalidad que a primera cara se echan de ver.

ABARROTAR.

El Diccionario de la Academia da a este verbo el significado de “apretar alguna cosa con barrotes,” esto es, poniendo barras de hierro que sirven para afianzar o asegurar cofres, ventanas, etc.

Entre nosotros he oido darle otros dos mui distintos. En la *Historia de Santiago*, de don Benjamin Vicuña Mackenna, ocurren varios pasajes en que se le toma en el sentido que le da el que copio del tomo II (páj. 154): “I con qué fines, desde que en el jesuita, como individuo o comunidad, todo era modestia, fruga-

lidad, ahorros i parsimonia, vestidos con los propios lienzos de sus telares, *abarrotadas* sus despensas de las menestras de sus chácaras, servido su parco refectorio por sus esclavos o por sus hermanos legos i gratuitos?”

Esta acepcion de *abarrotar* por *proveer*, *abastecer*, me parece innecesaria, i creo que adoptarla, léjos de enriquecer, empobreceria la lengua.

Igual opinion abrigo respecto a *abarrotos* en significacion de *menestras* o *comestibles*; nada perderiamos si, en vez de *almacen de abarrotos i frutos del pais*, leyéramos siempre *almacen de menestras, comestibles i frutos del pais*.

“¿Por qué no salió usted *abarrotando*?” le dicen a uno en la malilla *de campo* (1), si es que teniendo muchos triunfos no sale por la malilla del palo favorito.

Abarrotar, en este sentido, quiere decir (advertiré que bien puede ser que me equivoque, pues no me precio de ducho jugador de malilla) salir con una carta grande de triunfo para hacer salir los que tengan los demas jugadores, a fin de que despues no le puedan fallar las malillas, ases o reyes de otros palos.—De ahí procede que a una de las dos clases de malilla se la llama *abarrotada* o *cara de perro*, por mal nombre, pues en ella cada uno tira por su lado, sin preocuparse de los otros, al revés de la malilla *de campo* en que uno juega solo i los otros dos como compañeros.

El mismo verbo *abarrotar* se usa en la brisca, i no sé si en algun otro juego de naipes.

BAJO ESTE ASPECTO, BAJO ESTE PUNTO DE VISTA.

Dice don Rafael María Baralt: “Lo que sí es frances puro, puesto que comunísimo hoi dia, es:

“Ver, examinar, contemplar, discutir, etc., *bajo el punto de vista tal o cual*.” (*Dicc. de Galic.*, voz *bajo*.)

Siguiendo sus aguas, el señor don Zorobabel Rodriguez censura en su *Diccionario de Chilenismos* (en la propia voz *bajo*) las expresiones *bajo este aspecto, bajo este punto de vista*.

Yo, sin creer malo el empleo de las frases *en, desde, por este aspecto o punto de vista*, propuestas como reemplazantes de las otras, me atrevo a pensar que han sido demasiado severos los señores Baralt i Rodriguez, pues han proscrito una frase que se encuentra a cada paso en muchos buenos escritores de la lengua. Como no quiero descender a sutilezas, puesto que sutil habria de ser necesariamente la discusion de si cuando decimos “considerado el asunto *bajo este punto de vista*” andamos o nó en buena ar-

(1) Estos calificativos *de campo* i *cara de perro* son chilenismos.

monía con el sentido comun, me limitaré únicamente a apuntar unos cuantos pasajes sacados de buenos autores de nuestra lengua para que así se declare cómo no hai incorreccion en emplear las frases que encabezan este párrafo:

“Pero esos mismos (substantivos neutros) *bajo el punto de vista* de que ahora se trata, son masculinos porque se construyen con la primera terminacion del adjetivo.” (DON ANDRES BELLO, *Gram. Cast.*, núm. 35, nota a).

“Pero, *bajo el punto de vista* de la representacion de ideas cercanas, tenemos tres jéneros, masculino, femenino i neutro.” (ID. *id.*, nota VII.)

En el propio lugar don Andres Bello:

“La lengua inglesa, *bajo el primero de estos aspectos*, no tiene jénero,” i dos líneas mas abajo: “*bajo el segundo* (aspecto) lo tiene.”

La frase *bajo este respecto* se encuentra dos veces en el *Prólogo* de su *Gramática Castellana*, i varias en el curso de la obra, entre otras en la nota a al núm. 35.

“Despues de mi prision me habia acostumbrado a mirar las cosas *bajo un punto de vista* relijioso.” (P. ISLA, *Gil Blas*, lib. XII, cap. III.)

“Este es el verdadero aspecto *bajo el cual* debes mirar a mi padre.” (ID. *id.*, lib. X, cap. XI.)

“No podemos, pues, considerar a Calderon mas que como poeta dramático; pero, aun *bajo este solo aspecto* ¡cuán vasto campo ofrecen a la admiracion sus numerosas obras!” (DON EUJENIO DE OCHOA, prólogo al *Teatro escojido de Calderon de la Barca*, tomo III de su *Tesoro del Teatro Español*.)

En la mismo obra de OCHOA, página 150, se lee: “En fin, *bajo todos aspectos*, por el interes, por los caractéres, por el lenguaje, por todo, nos parece este drama uno de los mejores de Calderon.”

¿Quiéren mis lectores ver caer al crítico en el garlito? Pues, hé aquí que se lee en el *Diccionario de Galicismos* (en la voz *fondo*, i no se me acuerda si tambien en alguna otra parte) lo siguiente: “Decimos en buen romance: *Tratar a fondo un asunto* por tratarlo entera i perfectamente, **BAJO TODOS LOS PUNTOS DE VISTA**, o en todas las faces que tiene.”

“Siendo este fin el principal objeto del arte, la elocuencia, *bajo este punto de vista*, se puede definir el arte de la persuasion.” (GIL I ZÁRATE, *Manual de Literatura*, parte primera.)

“Si examina cuestiones metafísicas las presenta *bajo un punto de vista* perceptible.” (DON JOSÉ LUIS MUNARRIZ, *Advertencia a la traduccion de las Lecciones de Retórica* de Hugo Blair.)

¿A qué acumular mas ejemplos? Está, con los ya acotados, demostrado, en mi sentir, que un uso respetable i jeneral ha consagrado esas expresiones i que, por lo tanto, pueden usarse sin temor de incurrir en incorreccion.

No sucede lo mismo con las desatinadísimas frases *bajo este pié* i *bajo esta base* que con sobrada razon condenan Baralt, Cuervo i

Rodriguez, i que no se encuentran en ningun escritor que tenga medianos conocimientos de la lengua (2). Nadie pone, establece o cimienta algo *bajo una base* o *un pié*, sino *sobre*, bien así como las casas no se edifican *bajo*, sino *sobre* los cimientos.

A LA BRUTA.

Leo en el *Diccionario de Chilenismos*: “*A la bruta* que vale tanto como *toscamente*, con exceso.

“Desde que se fué al campo está viviendo *a la bruta*.”

“Parece que la locucion castiza es *a lo brutesco*:

“Acullá ve una artificiosa fuente de jaspe variado i de liso mármol compuesta; acá ve otra *a lo brutesco* ordenada, a donde las menudas conchas de las almejas, etc.” (CERVANTES, *Quijote*.)

Aquí el señor Rodriguez establece una notable confusion. El *a lo brutesco* (*a lo grutesco* diríamos siguiendo a la Academia) de Cervantes no equivale de ningun modo al chilenismo *a la bruta*.

Brutesco o *grutesco* es término de arquitectura i pintura, que significa “una especie de adorno compuesto de varias hojas, peñascos i otras cosas, como caracoles i otros insectos. Llamóse así por haberse hallado esta moda en las grutas antiguas de Roma.”

—“Suele tambien el arte travesear en los follajes i *grutescos*.” (PALOMINO, *Museo Pictórico*, lib. 2, cap. 2.)

El *Diccionario de la Academia* (1.^a edicion) de donde tomo la anterior definicion i el ejemplo, cita ademas el mismo paso de Cervantes que aduce el señor Rodriguez.

Si me fuera lícito expresar mi humilde opinion, diria que el chilenismo *a la bruta* no tiene exacto equivalente castellano, i que me parece tan expresivo i enérgico como la frase castiza *a la diablo*, que traen los diccionarios de la Academia i algunos clásicos.

A ESCURAS (3).

Hai muchos de esos zarramplines, que presumen de eruditos, que echan a reir cuando un hijo del pueblo les dice que “el apo-

(2) Léese en la parte III, cap. VI, núm. 8, de la *Historia Literaria* de don Diego Barros Arana: “Los principios fundamentales de la administracion civil i eclesiástica preocuparon principalmente los espíritus en una época en que la revolucion queria poner término a los abusos i *cimentar bajo sólidas bases* el gobierno del Estado i de la Iglesia.”—Al principio del cap. XXXIX de su *Historia Moderna* dice el mismo autor. “Era menester *cimentar* la monarquía constitucional *bajo una base mas franca* que la que ésta habia tenido bajo los reinados de Luis XVIII i Carlos X.”

¡I estos libros se escriben para la enseñanza de la juventud!

(3) Hasta principios de este siglo se consideró a esta frase como palabra compuesta, i se escribia *aescuras*.

sento está *a escuras*.” Pues sépanse los tales que así se dice en castellano mejor que *a oscuras*, que esta frase no ha sido conocida de nuestros escritores, i carta canta:

“Sol, tu luz se eclipsa, primavera, tus flores se marchitan, *a escuras* queda el mundo.” (LOPE DE VEGA, *Dorotea*.)

“La causa de esto i la razon bastante
Los doctos coronistas no escribieron,
I todos andan en el caso *a escuras*,
Buscando la verdad por conjeturas.”

(VILLAVICIOSA, *Mosquea*, cant. VII, oct. 20.)

Respecto del *escuro* que se oye en los campos i algunas veces entre nosotros, es indudable que aventaja, en muchos casos, al usado *oscuro*, para evitar la cacofonía. Insoportable sería el que se pronunciara *oscuro* en estos versos del maestro Leon:

“I dejas, Pastor Santo,
Tu grei en este valle *hondo, escuro!*”

(Oda *A la Ascencion del Señor*.)

ARTÍCULO DEFINIDO.

¿Quién pudiera desterrar de nuestros libros, periódicos i conversaciones ese enojoso *la* que a cada triquitraque anteponen a los nombres de paises? Nada hai mas feo que decir *la Francia, la Inglaterra, la España*, cuando ha sido constante uso en nuestra lengua decir *Francia, Inglaterra, España*.

“España atraviesa, sin la menor duda, el mas miserable período de toda su larguísima historia: superior en vicios i traiciones al que terminó en Guadalete; inferior en viriles virtudes al de Carlos II.” (CÁNOVAS DEL CASTILLO, Prólogo a *Los oradores griegos*.)

—I ya que de artículo definido hablo, voi a consignar una observacion que hace mucho tiempo tenia ganas de publicar. Dice don Eujenio de Ochoa (*Paris, Lóndres i Madrid*, páj. 559) que observa “cierta fruicion morosa en el retintin con que algunos pronuncian *cólega* en vez de *colega*, *intérvalo* en vez de *intervalo*.” lo mismo me parece observar a mí en aquéllos que nunca dicen *la Isabel, la Luisa*, sino siempre *Isabel, Luisa*, como si ésta fuese la sola buena manera de decir i la otra no estuviese bastante-mente autorizada, como lo está, por Bello i la Academia, i libre, ademas, de la cierta afectacion que se transparenta en los que siempre nos andan con que “*Lucía está enferma*,” i “*Esta noche*

voi a ver a Carmela,” como si *Carmela* fuese una tragedia o una ópera.

A LA CUARTA.

Acaso éste sea el oríjen del chilenismo *Vive a la cuarta, Está a la cuarta*, en sentido de *Vive pobremente, Está en la miseria*:

“Es mui usual el ponderar la pobreza de un individuo diciendo que está *a la cuarta pregunta*. Derívase esta asercion de que en los interrogatorios, para justificaciones de testigos sobre varios objetos, i entre ellos el de acreditar pobreza, se acostumbra comprender este extremo en la *cuarta pregunta*, en los términos siguientes:

“Cuarta: ¿si sabe el testigo i le consta que la parte que lo representa es pobre, sin poseer bienes raíces ni rentas, por manera que cifra su subsistencia absolutamente en el producto de su personal trabajo?” (FERNAN CABALLERO, *Flores humildes de religiosa poesía i etimolojías de dichos*, etc.)

EXAJERACIONES.

Dice don Rafael María Baralt en la voz *Gubernamental*:

“He oido decir muchas veces que el mal del neolojismo consiste no tanto en las voces sueltas cuanto en los jiros, locuciones i modos de decir, que desfiguran i vician radicalmente la lengua en que se admiten. Yo digo i juro que el mal está en todo, cuando el neolojismo carece de los requisitos que deben abonarle i sin los cuales es puro desatinò. I no quiero mas prueba de mi dicho que el vocablo que sirve como de rúbrica a este artículo, vocablo terrible por lo largo; bárbaro por lo disforme; atroz, inculto, indómito, bravío, que ninguna garganta delicada puede pronunciar, a que ningun órgano vocal medianamente constituido puede acostumbrarse, i que ningun oido castellano, por embotado que esté, puede escuchar sin estremecimiento i horror.

“Empléese en su lugar nuestro vocablo *gubernativo*: si éste no tiene acepcion apropiada para todos los casos que ocurran, désele; si no bastase, invéntese una voz cualquiera; i si no se pudiese inventar, échese mano de cuantos circunloquios fuere menester. Todo se intente, todo se haga: ménos escribir semejante vocablo, ménos pronunciarle, ménos incluirle en el Diccionario de la Academia. Antes perezca éste, i perezca la lengua, i perezcamos todos.”

A pesar de esta tremenda i terrífica condenacion, la Academia ha incluido la voz *gubernamental* en su Diccionario, i no faltan escritores cultísimos que la empleen:

“Cuando empezóse a dar desde los periódicos, desde los folletos, desde los libros i hasta desde la tribuna parlamentaria i *gubernamental* la inesperada i portentosa nueva de que no habia Dios, i por consecuencia no habia santos, ni cielo, los buenos impresores de Bilbao sin duda se apresuraron a creer aquella triste nueva....” (ANTONIO DE TRUEBA, *Mari Santa*, § IV.)

¡Tanto puede la exajeracion, que llega a echar a perder i a ridiculizar las buenas intenciones i los buenos documentos!

HABLAR EN POR HABLAR DE.

“No dejó (Cardenio) de admirarse algun tanto, i mas cuando oyó que le *habian hablado en su negocio* como en cosa sabida.” (CERVANTES, *Quijote*, parte 1.^a, cap. 27.)

A este pasaje anota Clemencin (tomo II, páj. 361): “Modo de hablar de nuestros antiguos. Don Antonio de Guevara, en su epístola a don Enrique Enriquez, sobre las tres enamoradas, de que se habló en las notas del prólogo, dice: “El buen filósofo Diógenes vió hablar a un discípulo suyo con un mancebo . . . al cual, como le preguntase *en qué hablaban*, etc.” Es lástima que esta expresion se vaya anticuando, porque es mas elegante i ménos familiar que *hablar acerca de su negocio*, como ordinariamente decimos ahora.

“Lo propio sucede con la expresion de la pastora Marcela, en el capítulo 14, donde dijo: “este jeneral desengaño sirva a cada uno de los que me solicitan de su particular provecho,” esto es, “acerca de cosas de su particular provecho.” A fuerza de querer hacer la lengua exacta i como dicen *filosófica*, la hacemos pausada i fria.”

Al ejemplo de Cervantes i al traído por Clemencin, añadiré yo los siguientes, que he encontrado en Calderon:

“Lo que podré hacer por vos
Será ver a doña Clara,
I saber, Leonelo, della
Quién es este forastero
Que tanto cuidado os cuesta,
I aun *hablarla en vuestro amor.*”

(CALDERON, *Hombre pobre todo es trazas*, jorn. I.)

“En este punto las dos
En vos hablábamos. Bien
Os lo puede asegurar
Su pecho constante i fiel.

Porque es mui cierto que *en vos*
Las dos *hablábamos*, pues
Ella *hablaba en vos* conmigo
I yo con ella tambien.”

(ID., *id.*, jorn. II.)

No hablo ahora en vuestro pleito.”

(ID., *Mañanas de Abril i Mayo*, jorn. I.)

“Porque en efecto no quiero
Hablaros en penas hoi.”

(ID., *id.* id.)

¡Ojalá se restableciera este modo de decir, que presta vigor,
concision i nervio a nuestra lengua!

ENRIQUE NERCASSEAU MORAN.

HIMNO A LA INDUSTRIA.

(CON MOTIVO DE LA EXPOSICION INTERNACIONAL I PRESENTADO AL CERTÁMEN DE
ACADEMIA DE BELLAS LETRAS.)

CORO.

*¡Salud, brillante aurora,
Señal de paz i union
¡Oh! ¡Industria creadora
Del mundo redencion!*

I.

Noble hija del trabajo,
Noble hija de la ciencia,
Es bendita tu presencia
En el festin de paz.

Tú, del humano esfuerzo,
Estela luminosa,
¡Oh! Industria prodijiosa,
Fecunda dejarás.

II.

¡Salve a la Industria! ¡salve!
Que, a concepcion sublime
Del hombre, forma imprime
I vida i expresion!
Merced a ella puede
Un mundo, de otro mundo,
En un fugaz segundo,
Comunicar su accion.

III.

Al rayo altivo i fiero
Que de la nube opaca
Siniestro se destaca,
Humilla tu poder.
Por tí en el cielo el hombre,
Allá de esa eminencia,
Sediento de luz i ciencia,
Mas cerca pude leer.

IV.

¡Excelsior, triunfadora
Del éter, la ola, el monte!
¡Inmenso es tu horizonte
I es santa tu mision!
Por tí los pueblos todos,
Con fé i amor de hermanos,
Estréchanse hoi las manos
En noble aspiracion.

V.

Jamás ¡quíralo el hado!
Industria bendecida,
Se forje el homicida
Acero en tu taller:
Enciendes sí tus fraguas,
Tus máquinas ajitas,

Tus moldes facilitas
A un Watt, a un Gutemberg.

VI.

La Paz serena irradie
Sobre tu hermosa frente,
Su luz mas esplendiente
Vivífica, de amor. . . .
Por tí i ella, la Patria,
Estampa hoi en la historia
Un timbre mas de gloria,
Un timbre mas de honor.

C O R O .

*¡Oh! Industria creadora,
Del mundo redencion
¡Salud, brillante aurora
Señal de paz i union!*

Agosto de 1875.

FRANCISCO JAVIER OSSA.

¡JUAN MANUEL BLANES!

No puedo, jenio sublime,
Contemplar tu creacion,
Que aterida el alma jime
I, fiero, mi pecho oprime
Una secreta afliccion.

Allí, de mi patria amada
Al padre valiente, audaz,
Quiere derribar osada
La envidia cruel, i humillada
Su noble frente mirar.

En su momento postrero
Al gran Carrera ¡mirad!
Al invicto caballero,
Burlando de su hado fiero
La sangrienta tempestad.

¡No puedo, jenio divino,
Describir la majestad
Que supo crear tu tino!
¡Esculpe en el lienzo fino
Tu hábil mano, por pintar!

Mas allá del mar de Atlante
Tu renombre llegará,
Tu fama inmortal, triunfante,
Cual la del divino Dante,
Para siempre vivirá!

RAMON A. ARAYA ECHEVERRÍA.

AL SOL.

De la silenciosa noche
Rasgando el oscuro velo,
Entre rejios cortinajes
De purpurinos reflejos,

I engalanando al espacio
Con sus encajes espléndidos
Hasta que perdidas deja
A las estrellas bajo ellos,

Como incendio que pretende
Abarcar el universo,
Aparece del espacio
El incansable viajero!

Al verlo, llenas de aroma,
Las flores alzan sus pétalos

I las aves lo saludan
En armonioso concierto.

Las mansas ondas del rio,
Bajo el cristalino seno,
Acarician bullidoras
Del sol el rayo primero.

I los peces que allí tienen
Su fresco i querido lecho
Como chispas de brillantes
Se mueven a sus reflejos.

El mar inquieto retrata,
En su colosal espejo,
Los mil rayos que coronan
A este rei del universo.

Al brillar sobre los Andes
Su rojo carro de fuego,
Naturaleza despierta
En armonioso concierto.

¡Bello sol, al contemplarte,
Con cuánto placer recuerdo
Las espléndidas victorias
Que orgullo son del chileno!

Esas gloriosas jornadas,
En que valientes guerreros
De la tiránica España
El fiero yugo rompieron.

¿I qué chileno al mirarte
No recordará esos tiempos,
En que lidiando alcanzaron
Libertad nuestros abuelos?

Miéntas domine en mi patria
La aspiracion por lo bueno;
Miéntas sin mancha flamée
Nuestro tricolor guerrero,

Baña, oh sol, los rejios Andes
Con tus rayos mas espléndidos,
Que solo los pueblos libres
Son dignos de tus reflejos.

ROSENDO CARRASCO.

LA DONCELLA DE MALINAS.

(De *THE PILGRIEMS OF THE RHINE*, por Sir E. Bulwer Lyttan.)

Promediaba el sol su carrera en el cielo de Malinas, o como la llaman los ingleses, Mechlin; la campana del Domingo habia convocado los habitantes al divino culto, i la multitud, despues de vagar en torno de la iglesia de San Rembaldo, habia ido ocupando gradualmente las espaciosas naves del sagrado edificio.

En la calle se veia un jóven, cuyos ojos se inclinaban hácia la tierra i parecia escuchar algun sonido lejano; pues, sin apartar sus miradas del tosco pavimento, se volvia en todas direcciones, dibujándose en su rostro una intensa expresion de ansiedad; en la una mano llevaba un baston, i en la otra una cuerda larga i delgada cuya punta arrastraba en el suelo; de cuando en cuando, exclamaba con triste acento: “¡Fido, Fido vuelve a mí! ¿Por qué me has abandonado?” I Fido no volvia; cansado sin duda del aislamiento forzado, el perro se habia deslizado de la cuerda i retozaba en ese momento con sus semejantes en algun barrio lejano de la ciudad, dejando entre tanto al ciego que buscase como pudiese, el camino de su posada.

La fisonomía del jóven extranjero se iluminó al escuchar el ruido de pasos lijeros que se acercaban gradualmente.

—Dispensad, dijo volviéndose hácia el punto en que su oido delicado habia distinguido el ruido, si el tiempo no os apremia, indicadme la direccion de la hospedería *Mortier d'Or*.

Sus palabras se dirijian a una jóven que por su traje parecia pertenecer a la clase media.

—No está mui cerca de aquí, señor, dijo ella, pero, podeis marchar unas cien yardas en línea recta, i tomar en seguida la segunda vuelta de la derecha....

—¡Ah! interrumpió el extranjero, sonriendo melancólicamente, vuestras indicaciones me servirán de mui poco, mi perro me ha abandonado i soi ciego.

En estas palabras, en la voz del extranjero habia algo que hi-rió irresistiblemente el corazon de la jóven.

—Perdonadme, dijo con lágrimas en los ojos, no habia advertido vuestra.... iba a añadir desgracia, pero, una instintiva delicadeza la hizo detenerse. Apoyaos en mí, os conduciré hasta la puerta; no temais, dijo al observar su incertidumbre, me sobra tiempo, os lo aseguro.

El extranjero colocó su mano sobre el brazo de la jóven, i aunque Lucía era por naturaleza tan tímida que aun su madre solia reprenderla burlonamente por el exceso de su virtud de doncella, en aquella ocasion no experimentó el menor sentimiento de vergüenza, al encontrarse de una manera imprevista caminando por las calles de Malinas, acompañada por un extranjero jóven i que por su traje i aspecto revelaba ser de rango superior al suyo.

—Vuestra voz es mui apacible, dijo él despues de haber marchado algun tiempo, i es éste, agregó suspirando levemente, mi único criterio para distinguir la belleza i la juventud. Lucía se sonrojó, experimentando a la vez una lijera impresion de dolor, pues sabia demasiado que no le era dado aspirar a la belleza. ¿Habeis nacido en esta ciudad? continuó él.

—Sí, señor, mi padre sirve un pequeño empleo en la aduana, i mi madre i yo aumentamos su salario haciendo encaje. Nos llaman pobres, pero es no nos aflije.

—Sois felices; no hai riqueza semejante a la riqueza del corazon . . . contento, contestó el ciego con acento melancólico.

Indignada consigo misma por haber despertado en el espíritu del extranjero un sentimiento natural de envidia, Lucía, llena de ansiedad, quiso cambiar la conversacion i dijo:

—¿I vos, señor, habeis estado mucho tiempo en Malinas?

—Solamente desde ayer. Atravieso los Países Bajos por viajar; quizás os haga sonreir el viaje de un ciego; pero, aun para un ciego es insoportable permanecer siempre en el mismo lugar. Durante el oficio divino, miéntras las calles están desiertas, yo creia poder gozar tranquilamente, mediante el auxilio de mi perro, el aire, ya que no la vista de la ciudad; pero, hai ciertas personas a quienes está vedado hasta tener un perro por amigo.

El ciego decia esto lleno de amargura; la ingratitud de su perro habia lastimado su corazon. Lucía enjugó sus ojos.

—¿Viajais entónces, solo, señor? dijo ella, i mirando su rostro con mayor detenimiento del que hasta entónces se habia permitido, vió que su edad apénas frisaba sobre los veintidos años. ¿No os acompañan vuestro padre, vuestra madre? agregó, pronunciando con particular entonacion la palabra *madre*.

—Soy huérfano, contestó el extranjero, i no conozco hermanos ni hermanas.

La mísera condicion del ciego concluyó de enternecer a Lucía, quien nunca se habia sentido tan poderosamente conmovida. Su corazon sufria una agitacion extraña, una misteriosa i ardiente simpatía que la arrastraba hácia él. Deseaba que el cielo la hubiese hecho nacer hermana suya.

El contraste entre la juventud i vigorosa forma del extranjero i la enfermedad que privaba de esperanza a una i a la otra de actividad, aumentaba la compasion excitada por él. Sus facciones eran de notable regularidad, i en su lineamento llevaba

impreso cierto aire de nobleza. Su cuerpo era vigoroso i graciosamente modelado, aunque se movia con prudencia i con pasos poco elásticos.

Acababan de introducirse por una estrecha calle que conducia a la hospedería, cuando sintieron a sus espaldas el ruido producido por las pisadas de gran número de caballos; mirando apresuradamente hácia atras, vió Lucía un grupo de caballería belga que en ese momento atravesaba la ciudad.

Colocó al ciego junto a la muralla i temblando de miedo por él se puso a su lado. La tropa atravesó la calle; i si Lucía hubiese mirado el rostro del ciego, habria visto sus tristes facciones iluminadas por el entusiasmo i que su cabeza se habia levantado orgullosamente del acostumbrado i melancólico abatimiento.

—¡Gracias a Dios! exclamó, cuando hubo concluido de pasar el rejimiento, ya pasó el peligro.

No fué así. Uno de los últimos soldados de la fila montaba desgraciadamente un caballo jóven e indómito. Los juramentos del jinete i su punzadora espuela eran parte solo a aumentar el fuego e impetuosidad del animal, que saltaba del un lado al otro de la angosta calle.

—Tened cuidado, gritó el caballero, al verse arrastrado hácia el paraje en que Lucía i el extranjero se apoyaban en el muro. ¿Estais locos? ¿Por qué no os apartais?

—¡Por amor de Dios! ¡por misericordia, es ciego! gritó Lucía, abrazándose al extranjero.

—¡Salvaos sola, mi buena guia! dijo el extranjero. Pero, Lucía no pensaba en abandonarlo de esa manera. El jinete logró desviar la cabeza de su caballo; i el animal, al sentir la espuela, bufando rabioso lanzó una violenta coz; Lucía, incapaz de salvar a ámbos, se arrojó delante del ciego i recibió el golpe dirigido contra él. Su pequeño i delicado brazo quedó destrozado; entre tanto, el caballero seguia su involuntaria carrera.

—¡Gracias a Dios, estais en salvo! fué la primera exclamacion de Lucía; i vencida por el dolor i el terror cayó en los brazos que el extranjero extendió maquinalmente para recibirla.

—Mi guia, mi amiga, articuló, estais herida

—Nó, dijo Lucía con voz desfallecida, estoi mejor estoi buena. Dispensad, *este* brazo ya estamos cerca de vuestra hospedería.

Pero, el oido del extranjero, acostumbrado a distinguir cada inflexion de la voz, descubrió en el momento el dolor que ella sufría; por grados logró que confesase la desgracia que habia sufrido; pero, la jenerosa jóven le ocultó, que solamente por defenderlo habia incurrido en ella. El exijió entónces que cambiasen de rol i le permitiese acompañarla hasta su casa, i Lucía casi desmayada de dolor i casi sin fuerzas para moverse hubo de consentir en ello forzosamente. Pero la humilde habitacion de su padre distaba solo unos pocos pasos. Llegaron a ella, i no bien

Lucía hubo atravesado el umbral, cuando cayó i durante algunos minutos permaneció insensible al dolor. El extranjero explicó lo sucedido i les pidió buscasen inmediatamente un cirujano, “el mas diestro, el mas afamado de la ciudad, les dijo.”

—Yo soi rico, i esto es lo ménos que puedo hacer para recompensar a vuestra hija por no haber abandonado a un extranjero en peligro.

Diciendo esto, alargaba su bolsa; pero el padre rehusó sus ofertas, i valióle el ser ciego para no ver la expresion de honrado resentimiento con que fué rechazada una tan desgraciada manera de recompensa.

El jóven aguardó hasta la llegada del cirujano, hasta que el brazo quedó arreglado, i no se apartó sin obtener de la madre la promesa de que en la mañana siguiente se le haria sabedor de cómo habia pasado la noche la enferma.

El habia proyectado dejar en la mañana siguiente aquella ciudad de tan pocos atractivos para un viajero; pero dia por dia fué demorando su partida hasta que Lucía acompañó a su madre para asegurarle su restablecimiento.

—Sabeis, al ménos yo lo sé, lectora querida que existe eso que llaman amor a primera vista; una secreta e inexplicable simpatía entre personas (ántes extrañas) que las atrae una hácia la otra con poder irresistible, como si la bellísima fantasía de Platon fuese verdad, segun la cual, nuestras almas formarian parte de las estrellas i dos espíritus atraídos de esa manera, el uno hácia el otro habrian derivado su luz primitiva de la misma esfera, i suspiran por la renovacion de su primitiva union. Pero, sin recurrir a soluciones imaginarias de un misterio diario, era mui natural que una persona en la desesperada i solitaria situacion de Eujenio St. Amand experimentase alguna ternura por quien tan jenerosamente se habia sacrificado por él.

La oscuridad a que estaba condenado Eujenio no apartaba de su vista intelectual las hechiceras imájenes de la belleza ideal; al contrario, su continúa i desocupada soledad alimentaba los ensueños de una imaginacion ardiente por naturaleza i de un corazon siempre dispuesto a la simpatía i la comunicacion.

Habia dicho con razon que su único criterio de belleza consistia en la melodía de la voz, i jamas habia llegado a sus oidos una mas suave i penetrante que la de la doncella de Malinas. Aquella exclamacion de tan hermosa abnegacion, de caridad tan absoluta, ¡Gracias a Dios! Estais salvo, articulada en los momentos de su propio sufrimiento, resonaba continuamente en su mente; i sin definir exactamente su naturaleza, se dejaba llevar por sentimientos vagos i deleitables, que hasta entónces nunca habia sabido evocar su juventud. I Lucía . . . el accidente sufrido por su causa, hizo mas profundo el interes que habia concebido por un jóven que en la primavera de la juventud se veia privado de los alegres objetos de la vida i abandonado en soledad i tristura a

una noche de años. En vuestro bello i bondadoso sexo existe una propension natural a *protejer*, que os convierte en anjeles para los enfermos, amparo de la vejez, guia de la niñez; tal sentimiento, en extremo desarrollado en Lucía, habia ya encadenado irremediablente su compasiva naturaleza a la suerte del infortunado viajero. Llena de ardientes afecciones i de pensamientos superiores a su estado i edad, no carecia de cierta tímida vanidad, que la hacia sentir dolorosamente su defecto de belleza. Instintivamente conocia cuan profundo seria el amor de que ella era capaz; creia imposible que otro pudiese retornale su amor con igual fuerza. Aquel extranjero tan superior a sus ojos a cuanto habia visto hasta entónces, era el primero que se habia dirigido a ella con esa voz, que mas bien por la entonacion que por las palabras expresa la admiracion mas grata para un corazon de mujer. Para *él*, ella era hermosa, i su amorosa mente se dirigia a *él* sin que la hiciesen desmerecer las imperfecciones del rostro. No carecia, sin embargo, enteramente de atractivos personales; su andar lijero i sus graciosas formas respiraban la frescura de la juventud; sus labios i sonrisa tenian una expresion tan tierna i apacible que habia momentos en que no solamente el ciego se habria engañado, creyéndola hermosa. I aun su primera niñez habia hecho concebir esperanzas de atractivos, que la viruela, esa temible enfermedad, habia desvanecido por completo.

No solamente habia marchitado el cútis delicado i sus brillantes colores, sino tambien alterado enteramente el carácter de las facciones. La familia de Lucía era celebrada por su belleza i la envanecia su celebridad, i con tanta amargura deploraban sus padres los efectos de la cruel enfermedad, que Lucía aprendió desde mui temprano a considerarlos mucho mas lamentables de lo que eran en realidad, i a exajerar las ventajas de una belleza cuya pérdida era considerada por sus padres como intolerable desgracia. Agregábase a esto que Lucía tenia una prima llamada Julia, cuyas perfecciones personales eran la maravilla de Malinas i como ámbas primas se juntaban a menudo, el contraste era demasiado violento para no ocasionar a Lucía frecuentes mortificaciones. Pero, no hai desgracia sin su correctivo; i la conciencia de su inferioridad personal habia suavizado su carácter i ennoblecido dulcemente un espíritu que de otra manera habria sido talvez demasiado altanero, i habia inspirado humildad a una intelijencia por naturaleza fuerte, apasionada i enérgica.

Sin embargo, Lucía habia vencido, hacía ya tiempo, la desventaja mas temible para ella de su falta de belleza. Nadie podia nocerla sin amarla i su espíritu suave i brillante infundia donde quiera que su presencia se hacia sentir cierto encanto indecible, i donde ella faltaba se notaba la ausencia de algo que ni aun la belleza de Julia podia reemplazar.

RAIMUNDO SALAS E.

(Continuará.)